

ANDREA LONGARELA

# Cada amanecer

*Somos secretos, 2*



**Andrea Longarela**

Cada amanecer

*Bilogía Somos secretos, 2*





La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Andrea Longarela, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: enero de 2023

Depósito legal: B. 20.946-2022

ISBN: 978-84-08-26742-3

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

## Martina

Estaba dolida. Tan dolida que en mi cabeza todo era ruido.

Es lo que ocurre cuando descubres un secreto del pasado, que tu mente se ancla a ese momento, regresas una y otra vez a él y no puedes evitar pensar qué estabas haciendo tú en el instante en el que sucedió.

Y no podía parar..., era superior a mí.

Cerraba los ojos y lo veía todo con tal nitidez que me daba la sensación de que alguien había girado en sentido inverso las manecillas de un reloj y volvíamos a estar en el mismo lugar de entonces.

Me veía a mí misma cinco años más joven hecha un ovillo en aquel sofá rojo. La mirada fija en la nada. El corazón destrozado y la cara empapada de lágrimas que no tenían fin. Jon se había marchado del piso días atrás. Había hecho una maleta y se había acomodado en casa de sus padres hasta que su avión saliera. Primera parada, Villanubla. Segunda, El Prat. Tercera, San Francisco, un destino desconocido que lo alejaba del todo de mí.

Y mientras sentía el dolor de aquella Martina destrozada, me imaginaba a Gabi cogiendo un taxi en otra parte la ciudad. Indicando al conductor la dirección del aero-

puerto. Llegando a la terminal y buscando a Jon con la mirada. Gritando su nombre. Acercándose al mismo hombre que huía de mí. Y besándolo. Uniendo su boca con la de él por motivos que se me escapaban.

Me sentía igual que una niña intentando encajar una pieza redonda en un orificio rectangular sin comprender por qué no lo logra.

Cada vez que esa imagen, que no era más que pura invención porque nunca sabría cómo ocurrió en realidad, se aparecía en mi mente, notaba que se me arrugaba el corazón; sentía como unos dedos invisibles lo fruncían y la tristeza lo llenaba todo, y la ira, y la culpa.

Después recordaba a Gabi a mi lado, dándome la mano, diciéndome que todo pasaría, que Jon siempre me querría y que, si no, ya lo haría ella con tanta fuerza que no repararía en su ausencia, y se me revolvía el estómago.

La traición siempre resuena como cristales agitándose dentro de ti.

Y no era solo eso. Ojalá lo hubiese sido.

Lo peor era cuando mis pensamientos avanzaban hacia adelante y rememoraba momentos vividos después de ese día. Entonces me daba cuenta de que todo había sido una gran mentira. Porque descubrir aquello me hacía verlos a ambos con otros ojos. Pensaba en cada instante compartido y me decía: «era una mentira, Martina». Recordaba a Gabi quejándose de su vida amorosa, diciéndonos que ella nunca había necesitado a nadie, hablando siempre de que el único amor real que conocía era el que yo había vivido con Jon y me hervía la sangre. Porque tras cada sonrisa, tras cada abrazo, tras cada confidencia de mi mejor amiga, veía la sombra de ese secreto y me mataba por dentro. Veía un beso que rompía todos mis esquemas y que le daba un matiz gris a nuestra historia.

Sentía que mi vida hasta entonces había sido una

montaña de arena y que el último día del año alguien la había soplado, haciéndola desaparecer.

Pum. Un soplido. Y todo se había acabado.

Solo quedaba yo. Pero ¿acaso tenía la menor idea de dónde me encontraba yo?

—Martina, ¿hay algo que te apetezca compartir conmigo?

Pestañeé, aturdida por el peso de los recuerdos y de unas reflexiones que me impedían avanzar. Una y otra vez me daba contra un muro al lanzarme esa pregunta. Porque eso era lo realmente preocupante de la situación: que en algún punto de esos cinco años me había perdido a mí misma.

Me pasé la lengua por los labios y me removí nerviosa en la silla de efecto piel. Al otro lado de la mesa, el rostro neutro de sonrisa fija de la psicóloga me miraba. Se llamaba Ester Aguado y había rescatado su tarjeta del fondo de un cajón; me la había recomendado Vic tras la muerte de mi madre, pero me había mostrado tan molesta por ello que jamás habíamos vuelto a hablar del tema. Asumir en alto que necesitas ayuda profesional supone aceptar que el problema existe, así que no todos nos mostramos receptivos. Pese a mis reticencias, algo en mi interior hizo que la conservase y ahí estaba cinco años después, en mi segunda cita, siendo incapaz de abrir la boca y con el corazón atravesado en la garganta.

Ester era poco mayor que yo y tenía unos bonitos ojos azules. Su pelo era corto, rubio, y su piel, muy pálida. Transmitía serenidad y confianza, no podía negarlo. Además, su despacho no era el típico con las paredes recubiertas de títulos de formación (eso siempre me había parecido más una necesidad del propio ego del profesional que del cliente de sentirse en buenas manos), sino que era un espacio con mucha luz, cómodo y sencillo, en el que te sentías bien en el acto.

Aquella tarde juro que lo intenté. Quise contárselo todo. Quise decirle que estaba harta de encontrarme mal y de no saber qué hacer para mejorar las cosas; que me agotaba echar de menos a Jon y culparme por ello. Quise confesarle lo que no le había contado a nadie y estallar de una vez por todas. Pero cuanto más me esforzaba por dar forma a las palabras, más me pesaba la lengua.

Así que, en vez de hablar, hice lo que últimamente hacía sin parar: me eché a llorar.

—No te preocupes, las palabras saldrán cuando las lágrimas dejen espacio. Toma.

Acepté la caja de pañuelos que me tendió y la sujeté sobre mi regazo. Después miré a Ester y le di las gracias con los ojos y entre hipidos. Su consejo sonaba tan bien que pensé que quizá sí había sido una buena idea dar el paso y conocerla. Porque me di cuenta de que tenía razón: debía dejar que saliera. Tal vez la solución era tan sencilla como que debía vaciarme de todo lo malo para poder volver a llenarme de cosas buenas.

Antes de que el reloj diese las siete, yo ya había gastado media caja de pañuelos y no había abierto la boca más que para coger aire y no ahogarme con mi propio llanto. Pero no importaba. Estaba comenzando a dar pasos y, un día, podría volver a correr sin sentir que el suelo se hundía bajo el peso de los recuerdos anclados.

## Jon

Hay momentos que lo cambian todo. Y otros que no cambian nada. Pese a que sean importantes y puedan marcar el devenir de una historia. Pese a que para alguien puedan suponer un mundo, un paso gigantesco, una decisión vital. Pese a que lo que para una persona pueda incluirse en el primer grupo para otra pertenezca al segundo.

Que Martina conociera aquel secreto lo cambió todo.

El beso de Gabi, por mucho que me doliera por la que siempre sería mi mejor amiga, no cambió nada entre nosotros. No, para mí.

—Martina, por favor, coge el puto teléfono...

Otro pitido directo sin tonos. Otro salto del buzón de voz. Otro silencio tan doloroso que me quemaba por dentro.

Me levanté del sofá y me pasé las manos por el pelo para evitar no lanzarme a dar hostias contra la pared.

Habían pasado tres semanas desde aquella noche en la que nuestra tranquilidad voló por los aires y aún no sabíamos nada de ella. Ni Gabi ni yo, lo que ya intuíamos que sucedería, pero tampoco Victoria ni Sergio. Me constaba que hacía vida normal, iba a trabajar, llenaba su nevera y se movía por la ciudad sobre su moto como un



autómata, pero se había aislado de todos los que formábamos su círculo íntimo y habíamos aceptado dejarle espacio hasta que Martina decidiera regresar por sí misma. No hay nada peor que acorralar a una persona que apenas puede respirar.

Pero ¿y si no lo hacía? ¿Y si la habíamos perdido? ¿Y si aquello la había marcado tanto como para no volver?

Me dejé caer sobre el sofá y me encendí un cigarrillo. Sí, había vuelto a engancharme. Al fin y al cabo, tenía motivos suficientes para templar mis nervios en manos de alguna droga legal. El año había empezado genial; sin duda, un comienzo para recordar...

Pensé en esa noche y en lo feliz que me había sentido después de que Martina compartiera conmigo que lo nuestro aún no había terminado. Qué frágil es la felicidad, ¿verdad?, porque, apenas unas horas más tarde, nos habíamos hundido tanto que resultaba increíble haber estado tan seguros un poco antes de que lo íbamos a lograr.

Cogí el móvil y jugueteé con él entre los dedos. Me temblaban de las ganas de abrir nuestra última conversación y vomitar sobre el teclado todo lo que me bullía por dentro, explicarle, contarle mi propia versión de aquel secreto que nunca había sido capaz de compartir con ella, de pedirle perdón y tiempo y lo que fuera que me ayudase a no sentirla tan lejos. Pero que mis llamadas saltaran directamente al buzón de voz solo significaba que me tenía bloqueado, así que esas palabras caerían en balde.

Martina no quería escucharme porque era demasiado tarde y yo solo podía pensar en gritar, en gritar muy alto y muy fuerte que la quería, y que el error de Gabi no me correspondía, pero en el fondo sabía que un poco sí, que ella lo había convertido también en mío en el momento en que me besó aquel jodido día en el que todo se torció.

Apreté el aparato entre mis manos y quise que se hiciera pedazos.

Joder, menudo ejercicio de contención.

Me sentía igual que hacía cinco años, cuando me rendí porque no lo soportaba más, llené las maletas y me largué sin mirar atrás. Me fui para empezar de cero en una ciudad desconocida en la que no tuviera ganas de tirarme por la ventana a cada minuto por no ser capaz de recuperar a la que no solo era mi mujer, sino también mi amiga, mi compañera de viaje y mi familia. Porque Martina, la Martina que yo conocía, había desaparecido y lo que quedaba de ella nos hacía tanto daño que nos estaba destruyendo poco a poco.

No obstante, rápidamente tuve que aceptar que huir de un lugar no hace que lo que sentías en él desaparezca, sino que solo se diluye, se entremezcla con el vacío que aporta la distancia y te sigue envenenando, aunque más lento, más gota a gota. Ahí fue cuando comencé a contenerme. En esas noches en las que tenía que ocupar las manos con lo que fuera para no llamarla y suplicarle que me dejase volver. En esas otras en las que después de acostarme con una chica pensaba en ella y la culpa era tan grande que me sujetaba para no confesárselo, como un infiel sin pareja, estúpido y con los sentimientos descontrolados. En esas en las que bebía más de la cuenta y la cama estaba tan vacía que me ahogaba, las mismas en las que le mandaba mensajes que ella leía y que respondía con silencios.

La diferencia era que en la piel del Jon más maduro todo me parecía peor. Más gris. Más sucio. Más enrevesado. Porque ya no solo se trataba de Martina y de mí, sino también de Gabi, incluso de Vic y Sergio. De un todo enredado e inesperado que ninguno se sentía capaz de arreglar. ¿Cómo hacerlo? Nos imaginaba frente a una pizarra con un acertijo matemático imposible, y mucho más imposible cuando en su parte central había una incógnita de nombre «Martina». Su sencillez siempre había

sido un espejismo, porque en su interior guardaba un laberinto lleno de prismas, como el de un caleidoscopio capaz de formar las visiones más increíbles; imagínate después de aquello...

Así que abrí otra conversación y escribí.

Jon: ¿Cómo estás?

Fui a enviarlo, pero me arrepentí en el último momento, porque sabía de sobra cómo estaba Gabi y esa pregunta no era necesaria. Gabi estaba mal. Llevaba desde entonces en una versión de sí misma arrastrada al límite que a ratos me costaba incluso tolerar. Entre otras cosas, porque su extremismo me hacía a mí tensar demasiado la cuerda y regresar a casa mucho más jodido de lo que ya lo estaba.

Sin embargo, torcí los labios en una mueca, porque..., bueno, porque era Gabi. Mi Gabi. Y hay cosas que, por mucho que puedan hacerte daño de forma indirecta, nunca cambian.

Le mandé un mensaje, cogí las llaves del coche y me largué a sacarla de ese piso que se estaba convirtiendo en una cárcel.